



"Los Cocos," de Veracruz, convertidos en campamento del ejército invasor.

UNA MAÑANA

Aquel día me levanté temprano: salté presuroso a la calle y mientras caminaba por la anchurosa calle y calzada de grandes álamos que la forman, aspiraba con delicia el aire perfumado de un hermoso día.

Era una mañana aquella, en que todas las pompas de la naturaleza parecen hacer alarde al lucir sus galas y todos los seres que a mi paso encontraba, sonreían a la "buena vida", al día venturoso que convidaba al trabajo. En un día como aquellos, parece deshecharse el infortunio; todo se nos antoja risueño y no se admite la idea de que alguno pueda sufrir.

Caminaba gozoso, la cabeza descubierta, la vista agradablemente sorprendida por aquel paisaje, aquel camino siempre con matices de primavera, que separa a mi pequeña quinta de la estación del ferrocarril y el contento que seguramente salía a mi rostro, se hizo extensivo cuando de una de las callejuelas, formada también con árboles de un verde claro, alegre, distinguí a mi amigo Pedro. También él parecía alegre. Aapresuró el paso al verme, pero ya para perder de vista una ventana, donde se asomaban una mujer joven y hermosa y dos chiquitines, rubios y sonrosados, como la bella mañana, levantó su mano y entre sus labios se dibujó una sonrisa y un adiós, llenos de ternura, de amor. Volvióse a

mí y en sus ojos claros y expresivos, vi retratarse la imagen de la dicha.

—¿Cómo va amigo mío? ¡Qué mañana tan bella! No parece sino que



El conocido periodista don Severo Campero, asesinado últimamente en Colima, por el ingeniero Angel T. Padilla.

cuando viene una alegría, cuando se siente una satisfacción, todo lo que nos rodea, se pone a contribución para hacernos gozar. Míre usted, hoy, por primera vez, el más pequeño de mis hijitos dijo "mamá" y ya lo vé, tengo que correr cuasi para llegar a tiempo a mi trabajo, pues no me encontraba con la voluntad suficiente para alejarme de él, de ellos más bien dicho. Mi esposa temblaba de gusto, hacíamos al pequeñuelo miles caricias y que quiere usted, de buena gana pasaría allí todo el día de hoy.

Siguió Pedro todavía mucho tiempo haciéndome el relato de la primera palabra de su hijo y en todas sus frases, en su fisonomía que se animaba cada vez, veía yo retratarse la ventura más completa.

Habíamos llegado a la estación; al poco tiempo se anunció el tren y todos los que allí esperábamos nos precipitamos para tomar sitio. La aglomeración me separó de Pedro; ví a otro amigo próximo y la imagen, de la ventana, del chiquitín que había dicho mamá, se desvaneció por completo para mí.

El expreso corría vertiginosamente; dejábamos atrás con una velocidad terrible casas y casas; cuando una brusca sacudida, un salto del convoy, nos hizo salir del carro como disparados por un cañonazo. Después, na-